



CONTRA
LA MAREA

UNA NOVELA

ELIZABETH CAMDEN

novel
PALABRA

CONTRA
LA MAREA

ELIZABETH CAMDEN

Título original: *Against the tide*
Copyright © 2013 by Elizabeth Camden

© 2012 by Dorothy Mays
Publicado originalmente en inglés por Bethany House,
un sello de Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan 49516, U.S.A.
Todos los derechos reservados.

© Ediciones Palabra, S.A., 2018
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es
© Traducción: Almudena Ligeró

Imagen de cubierta: Yolande De Kote / Trevillion Images
Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-704-5

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su
tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por
cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por
registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los
titulares del editor.

ÍNDICE

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Nota histórica

Para mi marido, Bill... que me ha servido
de inspiración para todos los héroes que he escrito.



PRÓLOGO

BOSTON, 1876

A Lydia le daba vergüenza llevar un vestido mojado su primer día de colegio, pero la noche anterior había llovido mientras su ropa se secaba en las jarcias del barco. De todas formas tenía suerte de ir a la escuela, así que procuró no pensar en su vestido mientras se dirigía al edificio de la mano de su padre, que estaba áspera de tanto trabajar. Su padre parecía más nervioso que ella mientras la acompañaba a la escuela, situada a una milla del puerto donde tenían atracado el barco. La escuela era una lujosa construcción de ladrillo con auténticos cristales en las ventanas. No había ventanas en el barco donde vivía Lydia, tan solo unas telas grasientas que dejaban entrar una luz mortecina en el camarote donde dormía toda la familia.

Papá no tenía el menor deseo de que Lydia fuera a la escuela. La noche antes, él y mamá habían mantenido una fuerte discusión al respecto, y Lydia había podido escuchar cada una de sus palabras. Sus padres obligaban a Lydia y al pequeño Michael a dormir debajo de la escotilla, pero vivir en un barco tan pequeño como el *Ugly Kate* le permitía estar al corriente de todo.

—¡Esta niña no sabe hablar ni una palabra de inglés! – rugió su padre–. ¿Qué sentido tiene llevarla a la escuela si no va a entender lo que dicen?

—Ya aprenderá –dijo mamá–. Recuerda lo rápido que aprendió italiano cuando era pequeña. Ya conoce el griego y el turco, e incluso aprendió croata el año que pasamos allí. Lydia tiene mucho talento para los idiomas y estoy se-

gura de que aprenderá inglés, ya lo verás. Tiene nueve años. Ya es hora de que vaya a la escuela.

En el pasado, sus padres nunca se habían quedado en ningún sitio el tiempo suficiente para que Lydia pudiera ir al colegio. Pero, supuestamente, todo eso iba a cambiar ahora que estaban en América.

Lydia era tan solo un bebé cuando sus padres abandonaron su pequeña isla griega. Papá decía que a la gente no le parecía bien que se hubiera casado con una mujer turca. Zarparon en un barco de pesca que su padre había construido con sus propias manos, abrazando el litoral rocoso del Adriático hasta que llegaron a las islas de Italia. Tampoco aquello duró demasiado. Desde allí pasaron un tiempo en las costas de Albania y Croacia.

Vivían en el barco de papá, arrojando las redes al mar cristalino y arrastrando camarones, anchoas y lubinas a bordo. Los primeros recuerdos de Lydia se situaban en la cubierta del barco, ordenando el pescado en distintas cestas bajo la luz del sol. Por la noche empujaban la red y las jarcias a un lado y extendían las mantas bajo las estrellas. Para Lydia, toda su vida estaba en aquel barco, desde hacer la comida sobre el hornillo de gas hasta aprender las letras sentada en el regazo de mamá y, dos veces a la semana, lavar sus cabellos en el agua salada del mar Mediterráneo. Mamá decía que eran la sal y el sol los que habían proporcionado aquellos destellos cobrizos a su oscura melena. «Tienes el cabello igual que una moneda recién acuñada», solía decir mamá mientras cepillaba su melena para secarla al sol. Su hermano, Michael, había nacido en Sicilia. Ya tenía cuatro años, y se suponía que debía dejar de llamarle «el pequeño Michael», pero para ella siempre sería el pequeño.

Lydia no sabía muy bien por qué habían abandonado Sicilia. El caso es que aquel verano se subieron a un barco inmenso y cruzaron todo el océano Atlántico hasta llegar a Boston. Papá decía que allí todo les iría mejor, pero Lydia

no estaba tan segura. Su barco de pesca no era ni la mitad de bonito que el que su padre había construido en Grecia. Papá había intentado reparar el *Ugly Kate*, pero el agua no dejaba de filtrarse en el casco, y Lydia era la encargada de llenar los cubos y tirar el agua por la borda. Cinco veces al día vaciaba el pantoque, pero, cuando se iban a dormir, siempre había al menos una pulgada de agua en el camarote. Papá decía que la presencia del agua indicaba que su camarote estaba siempre limpio, y que debían sentirse agradecidos por tener un barco tan especial que se limpiaba solo. Todo formaba parte de su plan, solía decir con una carcajada.

A Lydia no le importaba vivir en un barco tan miserable. Desde hacía tres años, lo único que pedía para Navidad era ir a la escuela. En el pueblo de Sicilia había visto a otros niños que iban al colegio y había fantaseado con las cosas maravillosas que estarían aprendiendo detrás de aquellas puertas cerradas.

Pero papá aún no quería dejarla ir al colegio. En plena discusión, señaló el fino vestido de algodón de su hija, que le quedaba seis pulgadas más corto de lo normal.

—¿Pretendes enviar a nuestra princesita a la escuela con esa pinta? —gruñó dirigiéndose a mamá, mientras señalaba con la mirada los tobillos de Lydia, que asomaban por debajo del vestido.

Hacía dos semanas, a Lydia se le prendió fuego el dobladillo mientras barría demasiado cerca del fogón, y mamá había tenido que cortárselo. La parte chamuscada ya no se veía, pero papá seguía molesto por el hecho de que su hija solo dispusiera de un vestido.

—No pienso tolerarlo —dijo con determinación—. No pienso tolerar que los granujas de Boston ridiculicen a mi princesita.

El rostro de su padre se descompuso, y Lydia creyó que iba a echarse a llorar.

Para evitarlo, corrió por la cubierta y rodeó la cintura de su padre con los brazos.

—Papá, no estés triste. No tardaré en aprender inglés, y entonces podré enseñártelo a ti, a mamá y al pequeño Michael. Todos podremos hablarlo.

Papá le apartó el cabello de la frente con sus manos ásperas y la acunó mientras paseaba de un lado a otro.

—Mi pobre ondina, tú no sabes lo crueles que pueden llegar a ser los niños.

—No me importa que se burlen de mí —dijo Lydia—. Además, mamá puede lavarme el vestido para que no huele. Así podré ir tan elegante como los demás niños.

—Esta noche lavaremos tu vestido para que mañana quede limpio y bonito —dijo mamá—. *Ya va siendo hora* de que Lydia vaya a la escuela.

Lydia sonrió al advertir su tono de voz. Normalmente, papá siempre se salía con la suya, pero, cuando su madre hablaba con esa convicción, papá siempre obedecía.

Aquella noche llovió sin cesar. Cuando los gruesos goterones de lluvia empezaron a salpicar el techo del camarote, Lydia corrió a cubierta para descolgar su vestido de las jarcias. Sin embargo, acabó tropezando con las trampas para cangrejos que había en cubierta y cayó de bruces. Cuando quiso arrancar el vestido de las jarcias, este ya estaba empapado. Aún seguía húmedo mientras caminaba hacia la escuela a la mañana siguiente.

Lydia se sentó en el vestíbulo mientras papá hablaba con una señora en el despacho que había en la entrada. En realidad, su padre decía palabras en griego y gesticulaba con las manos, y la mujer no parecía entenderle. Cuando papá se dio la vuelta y señaló a Lydia, que estaba sentada en un banco del pasillo, un gesto de comprensión asomó en el rostro de la mujer. Lydia se levantó del banco al ver que la mujer se dirigía hacia ella. La señora habló muy deprisa y a continuación se quedó mirándola, como si estuviera esperando que Lydia dijera algo. Parecía muy seria mien-

tras escudriñaba su vestido, sobre todo cuando lo tocó y se dio cuenta de que estaba mojado. Ahora, la señora estaba murmurando y mirando a papá, y eso que la idea de lavar el vestido había sido de Lydia.

Lydia se quedó mirando la boca de la señora mientras esta repetía las mismas frases una y otra vez. Cuando terminó de hablar, la miró, como si estuviera esperando su respuesta. Lydia solo conocía una palabra en inglés, y pensó que tal vez había llegado el momento de usarla.

De modo que miró a la señora a los ojos, sonrió y dijo:
—Vale.

Aquello pareció satisfacer a la señora, que se dio la vuelta y le hizo una señal para que la siguiera. Lydia supo que la habían aceptado en la escuela y sintió una inmensa alegría. Enseguida se dio la vuelta para despedirse de papá, que estaba retorciendo su gorra entre las manos. La ansiedad se reflejaba en su rostro mientras agitaba la mano en el aire para decirle adiós.

Lydia se apresuró a seguir a la señora hasta el fondo del pasillo. ¡Por fin iba a ir la escuela! Los pasillos eran anchos y rectos, y los suelos estaban pulidos y relucientes. El aire era tan fresco que el simple hecho de respirarlo la hacía sentir bien.

Era obvio que llegaba tarde a clase: los demás estudiantes ya estaban sentados en sus pupitres, y sobre la tarima había un hombre escribiendo en una preciosa pizarra negra. La puerta emitió un chirrido y todos los ojos se volvieron hacia ella. La señora enfadada se puso a hablar con el profesor mientras Lydia se giraba para observar a los estudiantes, que estaban alineados en filas rectas y ordenadas.

Parecían tan *limpios*. Todos estaban bien peinados y llevaban calcetines dentro de los zapatos. ¿Siempre irían tan elegantes, o solo hoy, porque era el primer día de colegio? El profesor tiró de la mano de Lydia para guiarla hasta un pupitre situado al fondo del aula. Su pupitre. ¡Tenía una silla a juego y no tenía que compartirlo con nadie! El hombre

empezó a hablarle, pero Lydia no lograba entenderle. Su rostro reflejaba amabilidad mientras se arrodillaba a su lado y repetía las palabras lentamente. Pero aquello no sirvió de nada. Lydia no tenía ni la menor idea de lo que estaba diciendo, pero supo que el hombre era simpático y que esperaba de ella algún tipo de respuesta.

Así que sonrió ampliamente.

—Vale —dijo, y, una vez más, aquella parecía ser la respuesta que el hombre quería escuchar.

El profesor regresó a la tarima y dio comienzo a la clase.



Lydia echó a correr todo lo rápido que le permitían sus delgadas piernas. Cortando el aire como un rayo, se apresuró a llegar al muelle donde había quedado con su padre después de la escuela. No tardó mucho en verlo merodeando por el puerto, con el rostro todavía ojeroso y preocupado. Lydia supo el momento exacto en que la había visto, porque su padre se arrancó la gorra de la cabeza y atravesó el puerto a grandes zancadas. Lydia sintió que le ardía el pecho mientras echaba a correr aún más deprisa para lanzarse en sus brazos.

—¡Papá, ha sido *perfecto*!

Aquella palabra resultaba tan insuficiente para describir la alegría que florecía en su interior... Quería contarle lo maravillosa que era la escuela y lo simpático que había sido el profesor con ella. Tenía tantas cosas que decirle... Pero, cuando quiso hablar, no pudo. ¿Por qué estaba llorando si se sentía tan feliz? Unos lagrimones bajaron por sus mejillas. No podía hablar con aquel nudo en la garganta.

—El profesor se llama señor Bennett —dijo Lydia a sus padres una vez que llegaron al barco—. Vi su nombre escrito

en la pizarra, y a la hora del recreo se sentó a mi lado y me lo repitió una y otra vez hasta que lo entendí. Es muy bueno; además me dio un trozo de su bocadillo.

Mamá no sabía que los niños tenían que llevar algo para comer a la hora del recreo, y le dijo que al día siguiente tendría que llevar un buen trozo de bacalao fresco al señor Bennett para agradecerle su generosidad.

—¿Y qué hay de los niños? ¿Se portaron bien contigo? —preguntó papá, con un brillo de preocupación en los ojos.

Lydia no era tonta; había visto a algunas niñas riéndose de su vestido corto y diciéndose cosas al oído. Pero aquello no le importaba. ¿Cómo iba a importarle semejante tontería si tenía un sólido pupitre para ella sola y una clase llena de cosas fascinantes? Los mapas que colgaban de las paredes mostraban las fronteras de todos los países del mundo, y en una esquina del aula había un águila disecada con las alas extendidas. Pero su padre estaba preocupado por ella y esperaba una respuesta.

—Nadie se atrevió a decir nada malo —dijo, con toda la sinceridad del mundo.

Además, en realidad no importó que no supiera hablar inglés, porque al día siguiente se enteró de que dos niños de su clase hablaban italiano, y que otra niña solo sabía hablar ruso. Lydia se hizo amiga suya y todos los días se sentaba a su lado a la hora del recreo, asimilando con facilidad algunas palabras en ruso para incorporarlas a su repertorio de idiomas.

A medida que pasaban las semanas, Lydia aprendió cada vez más palabras en inglés. El señor Bennett parecía especialmente complacido por la rapidez con la que estaba aprendiendo.

—Eres una niña muy lista —le decía, acariciándole la cabeza.

Lydia no estaba segura de qué significa la palabra «lista», pero sabía que era algo bueno y le encantaba que el

señor Bennett le dijera que era lista, algo que solía hacer con frecuencia.

Sin embargo, en este particular y húmedo día de octubre, Lydia no se sentía tan lista mientras aguardaba a su padre en el muelle. Normalmente, papá y el *Ugly Kate* ya estaban esperándola al llegar. Era un día de mucho viento, y regresar al puerto con un velero no debería haber planteado ningún problema. Lydia tomó asiento en un banco y se puso a balancear las piernas y a golpear un trozo de cuerda para pasar el rato mientras llegaba el *Ugly Kate*.

Cuando empezó a atardecer, el hambre oprimió su vientre y comenzó a sentir frío. Papá jamás se olvidaría de venir a recogerla después de la escuela, y eso solo podía significar una cosa: algo malo le había ocurrido al *Ugly Kate*.

Lydia no sabía qué hacer. El sol se ocultó aún más en el horizonte y, uno tras otro, todos los barcos fueron atracando en el puerto. Los marineros descargaron los aparejos, aseguraron las jarcias, cargaron su botín sobre los hombros y se fueron a casa. Para entonces, Lydia temblaba tan fuerte que ya no sabía si era de frío o de miedo. Puede que tuviera que pasar toda la noche en el puerto.

No sería la primera vez que dormía al raso. Cuando llegaron a Boston por primera vez, se pasaron dos semanas viviendo en un parque público mientras su padre elegía el barco que quería comprar. Papá les dijo que debían tomárselo como una gran aventura. «Pensad en la suerte que tenemos. ¿Para qué vamos a vivir en un viejo y apestoso apartamento cuando podemos dormir bajo una catedral de estrellas?», les dijo. En aquel momento, Lydia habría preferido el viejo y apestoso apartamento, pero su padre les aseguró que dormir bajo las estrellas formaba parte de su plan. «¡Respirad el aire limpio de América! –les dijo–. Dormir al aire libre es la única manera de disfrutarlo. ¿No queréis perderos una experiencia como esta?».

Lydia se esforzó en saborear el aire limpio de América mientras se hacía un ovillo en el banco del muelle, pero ha-